

á inmensa altura. Si el Sr. *Echegaray* se ha revelado como un genio dramático, en el Sr. Vico se reveló también un actor de genio; si el primero ha llegado á lo sublime, el segundo no le ha ido en zaga. Cuanto en elogio del Sr. Vico dijéramos, sería pálido al lado de la realidad. ¡Eso es sentir, eso es representar, eso es ser actor! Verdad, naturalidad, calor, inspiracion, todo lo que constituye un gran actor, todo eso demostró anoche el Sr. Vico. Nosotros le enviamos nuestros entusiastas plácemes, y le deseamos nuevos triunfos como el legítimo y ruidoso que alcanzó anoche.»

## CAPÍTULO VII.

Resúmen de la parte segunda. — Carácter romántico de *La esposa del vengador*. — Carácter realista de *La última noche*. — Carácter armónico, ó union de los elementos realistas-románticos de *En el puño de la espada*.

En la vida de los poetas y de los artistas, como en la de los seres vulgares, se verifican siempre transiciones más ó ménos violentas, en buen ó mal sentido, que determinan las fases de su vida; sino que, como la de estos hombres privilegiados tienen una doble manera, la física ordinaria y la intelectual, se hace preciso referir estas fases á la última, cuyos accidentes son las obras escritas y cuyos caracteres son el genio, ó el talento del artista ó el poeta, su inspiracion, su estilo y todas las manifestaciones de su inteligencia. Hay en esta segunda vida nacimiento, infancia, juventud, edad viril y vejez ó decrepitud, no coincidiendo estas edades con las de la vida comun, sino frecuentemente todo lo contrario, ya que no es cosa extraña ni difícil hallar ingenios jóvenes de sesenta años y decrepitos de treinta, porque en la vida de la inteligencia se nace al mismo tiempo ó despues, se vive más aprisa ó más despacio y se muere con anticipacion ó á la vez.

Distínguese cada edad por rasgos marcados y notables; la inexperiencia preside al nacimiento, la ingenuidad es condición de la infancia, la edad viril se nota por el vigor y la lozanía de sus creaciones y la vejez y decrepitud por el retorno á la infancia, por la falta de vida de lo que hace, que no basta á animar la discreción y el tacto que da la experiencia; y en todas las edades hay algo nuevo, singular y distinto que las señala límites naturales y deja huellas de cada una. Pero así como hay hombres que siempre son niños, y los hay que prematuramente envejecen, como los límites de las edades en la vida de la inteligencia no pueden marcarse exactamente, resulta que sólo pueden guiarnos en la apreciación de cada una los rasgos de la misma, sus manifestaciones inequívocas y constantes. Estos rasgos tienen lugar en épocas diferentes y constituyen verdaderas etapas que señalan el progreso, la perfección, el esplendor y vitalidad de un genio poderoso; ó el retroceso, el decaimiento, el eclipse ó la agonía de otro que realizó su destino. El intervalo entre una época y otra es lo que hay que sorprender para juzgar con acierto las obras de unos y otros, para observar sus condiciones y caracteres, y en su vista y consideración fijar á cada uno la categoría que le corresponde. Esto es lo que hemos venido practicando con el genio de *Echegaray*, desde su aparición hasta el momento actual; asistimos á su nacimiento, augurando de él desde luego una existencia vigorosa y espléndida; seguimos sus pasos hasta verle entrar en la juventud y en la virilidad,

pasando ligeramente por una infancia que como la del Hércules griego, se distinguió por la lucha con monstruos y serpientes, que no otra cosa representan la crítica feroz, la alevé envidia, la opinión á veces extraviada; le vemos hoy en la fuerza de la vida, en la plenitud de sus manifestaciones, como un astro, más léjos de su ocaso que de su aurora, habiéndose realizado las promesas que desde el principio hizo concebir, y confirmando los vaticinios que con más ó ménos pasión y simpatía se formaron en vista de sus primeras obras. Y la síntesis que de la vida intelectual de *Echegaray* hemos formado contrayéndonos al teatro es esta: *Echegaray* es un genio dispuesto á todo, como ciertos terrenos incultos de las regiones circa-ecuatoriales que producen sin cultivo ni siembra frutos colosales, aromáticos y exquisitos, pero que no todos pueden digerir, no todos saben paladear; este hombre, en quien la musa dramática ni otra alguna se habia revelado, comienza por dar frutos de gusto delicado, pero sin bien sazonar, refractarios á todo condimento, demasiado fuertes para los que no estaban acostumbrados á ellos, indigestos para los de poca capacidad digestible, exquisitos solamente, á pesar de cierta rusticidad salvaje, para los que á la costumbre unian la afición y el gusto. Una intuición maravillosa hace en él ingénito lo que en otros es adquirido, y no á costa de pocos sacrificios y vigiliass, adivinando lo que le es desconocido, dando forma á lo que en sí halla sin determinación fija, concibiendo rápidamente y ejecutando al momento; ni hay imposibles

para él ni ménos dificultades ni peligros; rompe por todo, lo avasalla todo, hace de todo un medio, un instrumento, y se desprende sin pesar ni remordimientos de lo que habiéndole servido, es ya inútil, ó perjudicial, ó nulo. Crea una obra, asiste con indiferencia al combate de las opiniones, forma la suya y sigue impertérrito en su empresa, sin que le detengan las censuras y diatribas, ni le aduerman los aplausos y laureles. Va derecho al fin, y fiado en sus propias y únicas fuerzas, si el viento de la gloria le empuja, tanto mejor; la tempestad no logrará hacerle zozobrar, ni perderse, porque navega en buque de excelentes condiciones y es su ingenio la mejor brújula que guiarle puede en tan alborotado mar. Pero sólo son amagos; la calma se restablece pronto, sopla la brisa, que á veces se torna ráfaga veloz; nada importa al intrépido marino que conoce los bajos y escollos, y lleva en sí el mejor piloto, su talento, que le conducirá por entre ellos con toda seguridad. Tendrá averías, ¡qué barco no las tiene! verá expuesto á la abrumadora calma chicha, que no le permitirá avanzar ni retroceder; pero cuenta con dar seno para la recomposicion, y con los cien brazos de su genio que le empujan á fuerza de remo si no llama en su ayuda la poderosa fuerza del vapor.

Descendiendo á otro estilo más vulgar, pero más acomodado á nuestro asunto, debemos ya proponernos examinar el carácter y condiciones de las obras de *Echegaray* en su primera época, probar que efectivamente dominan en ellas los elementos que hemos dejado ex-

puestos y la influencia que ejercieron ó pudieron ejercer en el teatro, en las costumbres y en la direccion del genio de su autor.

*Echegaray* se propuso, ya lo hemos dicho, ensayar en sus primeras obras los elementos que podian llevarse al teatro; en *La esposa del vengador* puso á prueba los elementos románticos, en *La última noche* probó los elementos realistas y *En el puño de la espada* la combinacion discreta y artificiosa de unos y otros. Cuestion es esta que suscitamos los primeros y vamos á resolver, viendo si en realidad dominan esos elementos con exclusion de otro alguno en dichas obras, que es el objeto principal de este capítulo.

La escuela romántica se distingue por la preferencia que da á la belleza sobre la verdad, á las cosas, á los sucesos sobre las personas, á lo accesorio sobre lo principal. Sucesos maravillosos é inesperados, conflictos terribles entre las pasiones y los deberes, entre un deber y otro deber, entre dos pasiones de distinta índole, actos sublimes de abnegacion y sacrificios, escenas de llanto, venganzas, odios, crímenes y delirios, las tempestades del alma por fuera en todos sus terribles efectos constituyen este género, ya casi pasado de moda, cuando *Echegaray*, el único que podia hacerlo, ha venido á resucitarlo, á sacudir el polvo que lo cubria y á darle nueva vida acomodándolo con otros géneros en boga. Nada hay en él de análisis, nada de reflexion; lo absurdo mezclado con lo sublime, lo falso con lo brillante, todo color, todo vida; encomendados los efectos al senti-

miento, nunca á la idea, el espectador llega á conmoverse, pero no raciocina; contempla, pero no juzga; mira y no ve. De este modo se comprende que se conceda paso franco á tantas aberraciones, que se admitan por verdades tantos errores, que parezca bello lo extraordinario y natural lo inverosímil; así no parece extraño que este género tenga prosélitos, especialmente en países meridionales en que estamos más acostumbrados á sentir que á pensar, en que nos agrada vernos deslumbrados por una forma galana, esplendorosa, magnífica; en que lo patético tiene privilegio de simpatía, y lo sobrenatural nos encanta y nos atrae con fuerza misteriosa.

Ahora bien; ¿existe todo esto en la obra de *Echegaray* titulada *La esposa del vengador*, de tal modo que sin linaje de duda podamos clasificarla entre las del género romántico? Cualquiera que haya visto el drama podría contestar á esta pregunta. Desde la primera escena del primer acto, hasta la última del tercero, todo en él es romanticismo puro; forma, estilo, lenguaje, versificación, situaciones, incidentes; los caracteres de los personajes están todos distribuidos conforme á las reglas de esta escuela, obran, hablan, se conducen en perfecto acuerdo con ella, jamás disienten ni desentonan, y en todo el curso de la obra no dan un indicio siquiera de querer sustraerse á la influencia que en su creación domina. Aquel conde Pacheco, viva personificación del honor y valor castellano, inflexible, severo y majestuoso y amante, tierno y sensible; aquella Aurora, tan sumisa,

tan cariñosa, tan apasionada, y tan fiera, tan altiva y valiente; aquel Carlos de Quirós, que ni olvida ni perdona, que viene de lejanas tierras á vengar á su padre, que mata al Conde lealmente y cara á cara, que se enamora de su hija y se mata en cumplimiento de una promesa sagrada, son tipos que sólo convienen á la escuela romántica y á los que sólo sus adeptos saben dar vida y colorido. Nada hay en esta obra que desdiga de sí misma y si no fueran bastantes á caracterizarla las pasiones puestas en juego, los afectos que luchan contrariados, la explosión formidable de unas y otros, la distinguirían los recursos empleados, los efectos, las frases en que abunda, los conceptos, las imágenes, el lirismo que en ella se prodiga, el corte, la estructura y hasta el título plena y oportunamente justificado.

Es el realismo un género enteramente distinto y opuesto al romanticismo; impera en él la verdad en contraposición á la belleza, la forma es objeto secundario, los detalles externos de escasa importancia, su fin no es hacer sentir sino pensar, desentraña lo íntimo de las cosas, se cuida poco de lo exterior; ateniéndose á la unidad no halla en la variedad contrastes, recursos, ni efectos; se apodera de un sér y lo somete á experimentos y análisis, á veces repugnantes; lo materializa todo; sus efectos son frios y severos, pero más permanentes; ménos directos, pero más eficaces, así para el bien como para el mal; no busca en lo extraordinario, en lo sobrenatural asunto para sus acciones; todo en él es positivo, práctico; no hay tempestades sino rachas; no se ven

batallas formidables sino simples escaramuzas, y va derecho á su fin sin curvas ni líneas quebradas, separando delicadamente los obstáculos, en vez de arrollarlos y saltar por cima de ellos, ó bien dejándose tranquilamente envolver por su masa; los sucesos, las circunstancias, no preparan las situaciones, todo está previsto y friamente preparado; los errores se hacen pagar cruelmente y pocas veces se procede á ciegas, sino con entera nocion de lo que se va á hacer, aunque sin completa seguridad de lo que ha de resultar.

Dígase si, conviniendo todo lo que hemos expresado al drama *La última noche*, no podremos calificar á éste de esencialmente realista; y que existe perfecta conveniencia y conformidad entre estos elementos y los que aparecen en el drama, se prueba facilmente y en pocas palabras.

El personaje principal de la obra, el banquero don Carlos es la personificación del positivismo; para él nada hay que merezca su atención fuera de las especulaciones mercantiles, ni más intereses que los materiales; su dios es el oro, su fin la satisfacción de todas las necesidades, de todos los deseos; sus medios los que, por reprobados que sean, conducen más pronto y más directamente al fin; cuanto hay en la tierra de tierno, de dulce, de bello, de sagrado es para él cosa baladí; los obstáculos si se encuentran se allanan, aún á costa de las lágrimas y la desventura ajena; no hay en su corazón lugar para el amor, para la piedad, para otros dulces sentimientos; ama á los suyos por lo que de suyo tienen, y á veces se

avergüenza de confesárselo á sí mismo; planta maldita que se alimenta con la savia de las demás y á sus expensas vive; todo materia, todo egoismo y sensualidad, sin nocion del bien por el bien, con el instinto del mal por el mal, indiferente á todo lo que no es su propia satisfacción, á las desdichas ajenas, sordo á los lamentos de los extraños y aún de los suyos, ingerto de diablo en hombre, divorciado completamente de las aspiraciones del espíritu y en perpétua guerra con las creencias y tradiciones de que aún conserva recuerdos en su alma. Esto por lo que hace á la persona en sí; en lo que respecta á su modo de conducirse en el drama, no se desmiente su manera de ser; buscando su felicidad personal causa la desgracia de los suyos labrando la suya propia, y no basta para desfigurar su fisonomía moral, el arrepentimiento tardío é infructuoso con que termina su existencia, toda vez que no nace de la convicción de sus crímenes y pecados, sino del terror que se apodera de su alma, al ver cercano el momento de la expiación; no está arrepentido sino temeroso, y sufre anticipado el castigo á que durante su vida se hace acreedor. ¿Puede darse algo que sea más realista, que presente con más verdad, y más al natural, ese cáncer que corroe á la sociedad actual y á las de otros tiempos, de manera tan positiva, tan fría como el pensamiento que la dirige y encamina?

Don Carlos es el foco adonde convergen los demás personajes del drama, el centro en torno del cual giran; su conducta determina la de los demás; los intereses

están divididos, y si hay sentimientos nobles y apasionados es porque esto sucede también en la vida ordinaria y no están exentos de egoísmo, en vista de lo cual hemos de convenir en que en *La última noche* dominan, sobre todo, los elementos realistas que son únicos, careciendo de aquella idealidad que todo lo embellece y que en nada perjudicaría al género extraño de este drama singular.

Realizado el experimento, *Echegaray* observa que en determinados asuntos unos elementos dan excelente resultado, otros en diversos; conoce que es difícil prescindir enteramente de uno en otro, dar la preferencia á alguno; lleva más allá el anhelo de investigarlo todo, y escribe una obra en que los elementos están mezclados, confundidos, eslabonados, siendo el drama en que esto tiene lugar *En el puño de la espada*. En este drama efectivamente se ven en armonía, unión é ingenioso enlace los elementos realistas y románticos; el resultado de esta combinación puede juzgarse por el drama mismo que obtuvo un éxito ruidoso y una ovación inmensa, que pudieron hacer creer fundadamente á *Echegaray* ser esta la fórmula más adecuada á su pensamiento, la á que podía amoldar mejor las ideas en embrion, que en su mente bullían, y el camino más seguro de llegar á su fin, quedándole no obstante reservado y expedito el con tanta gloria recorrido y ya para él familiar y facilísimo. Carácterés hay que sin desdoro podrían figurar entre los más acentuados del más furibundo drama romántico y otros que no se despegarían al lado de los

realistas más puros; situaciones en que á la forma exuberante y al colorido fantástico se agrega la realidad más absoluta, lo cual quiere decir que el autor no se ha limitado á procurar que unos y otros efectos, que éstos y los otros elementos se sucedan con más ó ménos solución de continuidad, sino que ha querido amalgamarlos, por decirlo así, fundirlos, obteniendo un partido admirable que ha de alentarle á continuar por la misma senda.

La vida en sus íntimas escenas privadas, al lado de pasiones y actos caballerescos, esas mismas pasiones cándida é ingenuamente confesadas, los conceptos morales y filosóficos, el terror, la incertidumbre y el análisis, la observación, confundiéndose, empujándose en armónico conjunto dan clara muestra de que no íbamos descaminados al afirmar que esta obra es el punto de enlace, la armonía de los medios, la última y más vigorosa etapa de una época que principió con muy buenos auspicios y que es aurora de otra de más esplendor y fecundidad.

En adelante el camino es fácil porque es conocido; los medios dóciles por acostumbrados; el resultado seguro y favorable como consecuencia de los medios, y la obra del poeta cada vez más grande, más provechosa y más universal.